

La izquierda chilena contemporánea.*

Manuel Antonio Garretón**



Resumen

En este artículo, el autor examina las particularidades de la izquierda chilena para entender su papel en los gobiernos democráticos desde los años 70. El autor parte de la premisa de la existencia, durante los años 90, de dos izquierdas: una, el socialismo dentro de la coalición; la otra, el comunismo fuera de ella. En el trabajo se sostiene que la izquierda socialista ha sido el principal motor de la coalición y su papel específico se ha concentrado en los temas socio-económicos ligados a la igualdad, a la justicia, a los derechos humanos y a las propuestas culturales de tipo progresista. Asimismo, se analizan las particularidades esenciales de los gobiernos democráticos chilenos y se examinan los temas y las tareas pendientes. El artículo concluye con un balance del papel de la izquierda y de los retos que aún tiene por delante.

Abstract

In this article, the author analyzes the peculiarities of the Chilean left-wing in order to understand its role in the democratic governments since the 70's. The author holds the premise of the existence, during the 90's, of two left wings in Chile: the socialist one, which has been part of the ruling coalition, and the communist one, which has remained outside. Actually, the socialist left has been the main force in the coalition and its specific role has been focusing on socio-economic topics regarding equality, justice, human rights and cultural matters. Likewise, the main peculiarities of the Chilean democratic governments are also analyzed. The article concludes with a balance of the role of the socialist left, pointing out which challenges it must still face.

Palabras clave:

izquierda, socialismo,

* Una versión preliminar de este artículo se presentó en la conferencia "Gobernar desde la izquierda en América Latina: Experiencias y Alternativas" realizada en el marco del *Seminario de Procesos Políticos y Procesos Electorales* de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México llevado a cabo el 29 y 30 de noviembre del 2005.

** Departamento de Ciencia Política del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile, Av. Libertador Bernardo O'Higgins 1058, Santiago de Chile.

La izquierda chilena contemporánea

Dos datos caracterizan a la izquierda chilena. Primero, el hecho, relativamente insólito, de que ésta ha estado en una u otra forma en todos los gobiernos desde 1970 —con excepción, por supuesto, de la dictadura militar (1973-1990)— es decir, en todos los gobiernos democráticos. Ello constituye un fenómeno singular, acaso único, en la historia de las democracias latinoamericanas; paradójicamente, este hecho no ha sido nunca elemento de reflexión académica.

Segundo, la izquierda chilena, a diferencia quizás de otros países, tiene una ubicación topológica y geográfica en el espectro partidario muy clara; clásicamente fueron, para simplificar, dos grandes partidos que la definieron: el Socialista (PS) y el Comunista (PC). Con la particularidad, además, de que aquél, sin ser un partido social demócrata (como los surgidos en europea), estuvo siempre a la izquierda del Partido Comunista hasta fines de los años setenta. Sólo a partir de la década siguiente, a raíz de la rebelión popular contra la dictadura —y siguiendo en parte el ejemplo nicaragüense— se produjo el desplazamiento del comunismo chileno hacia la izquierda del socialismo, hecho que causó el fin de la tradicional

alianza entre ambos. El Partido Socialista, por su parte, vivió durante la dictadura un proceso de gran fraccionamiento y luego de reunificación que se logró bajo el signo de la llamada “renovación socialista”, momento que culminó a comienzos del primer gobierno democrático post-dictatorial.

La renovación socialista consistió en un proceso que podría, quizás, aproximarse a una visión latinoamericana y chilena de lo que fue el eurocomunismo el que, a su vez, tuvo como uno de sus orígenes el aprendizaje de la experiencia del gobierno de la Unidad Popular.¹ Después de la caída de Salvador Allende en 1973, mucho antes de la caída de la Unión Soviética y del muro de Berlín, se produjo en el polo socialista de la izquierda chilena una revaloración temprana de la democracia política así como una reconciliación de la democracia con el socialismo. Ello implicó la aceptación del régimen democrático como un componente inherente al proyecto socialista. Esta aceptación no descansó en el postulado clásico que sostiene que el socialismo es de por sí democrático —lo que permite llamar “democracias populares” a los países del socialismo realmente existente— sino en la idea de que no hay más régimen político

para un proyecto socialista que la democracia. Ahora bien, ¿qué tipo de democracia?: la representativa, la clásica, no la popular o de partido único.

Durante el periodo de la renovación socialista, se produjeron dos grandes mutaciones en la tradición de la izquierda chilena: el Partido Comunista se hizo más “rupturista”, más revolucionario y más combativo; consecuencia de ello fue la creación de un frente armado, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, para enfrentar a la dictadura. A su vez, el Partido Socialista, al aceptar a la democracia representativa como un régimen político integrante a su propio proyecto, reconoció que el esfuerzo por conquistarla era parte sustancial también de su lucha por un mundo mejor.

Los cambios en las estrategias ideológico-políticas de los partidos comunista y socialista chilenos se sustentaron en dos hechos importantes que ocurrieron durante la dictadura de Augusto Pinochet. En el primero de ellos, la experiencia del gobierno de la Unidad Popular y su posterior derrota arrojó una lección de doloroso aprendizaje: si la izquierda pretende realizar aquellas transformaciones que la sociedad necesita, no puede darse el lujo de gobernar sola. Esta fue

¹ La Unidad Popular (también conocida por el acrónimo UP) fue una coalición electoral de partidos políticos de centro-izquierda e izquierda de Chile que llevó a la Presidencia de la República a Salvador Allende. Estuvo conformada por el Partido Radical, el Partido Socialista, el Partido Comunista, el Movimiento de Acción Popular Unitario, el Partido de Izquierda Radical, la Acción Popular Independiente, la Izquierda Cristiana y el MAPU Obrero y Campesino. Además, contó con el apoyo de la Federación Sindical Nacional y la Central Única de Trabajadores (CUT). (N.E.).

la conclusión que del trauma chileno extrajo Enrico Berlinguer, secretario nacional del Partido Comunista italiano de 1972 a 1984. En un famoso discurso, *Las lecciones de Chile*, el comunista cerdeño puntualizó que para formar un gobierno revolucionario dentro de los marcos institucionales no basta con ganar las elecciones, hay que construir, además, una mayoría social y política, una alianza mayoritaria, un “compromiso histórico” incluyente. En vista de que en Chile las mayorías se constituyen, a diferencia de otros países, a través de los partidos políticos, la izquierda chilena debió haberse aliado con otras instituciones políticas, sobre todo con el centro político representado por la democracia cristiana (DC). Además de otros factores, no hay duda de que la incapacidad del

centro y de la izquierda socialista para constituir este compromiso histórico dejó el espacio abierto para las fuerzas reaccionarias y golpistas frente al gobierno de la Unidad Popular y pavimentó el camino de su desdichado final.

Cuando la coalición centro-izquierda (democracia cristiana y socialismo) por fin se logró —promovida por la izquierda socialista— se constituyó como una alianza reactiva y de oposición a la dictadura tan eficaz que acabó por provocar su derrota en el plebiscito de 1988. Este hecho facilitó que la coalición se proyectara hacia el gobierno a través de las elecciones presidenciales y parlamentarias del año siguiente. Entonces, ocurrió lo que no ha pasado en ninguna de las transiciones que conocemos de una dictadura a una democracia, o de una guerra civil a una demo-

cracia: la constitución de un gobierno de coalición.²

El segundo hecho, en términos de la estructuración de la izquierda, fue el surgimiento de un nuevo órgano político: el Partido por la Democracia (PPD). Podría discutirse si es un partido de izquierda o de centro izquierda, pero lo cierto es que fue creado por grupos de izquierda, específicamente del Partido Socialista, y que constituye, junto con este último, el bloque de izquierda dentro de la Concertación de Partidos por la Democracia.³ Para enfrentar el plebiscito,⁴ el PS, a partir de la iniciativa personal de Ricardo Lagos,⁵ planteó, tomando el ejemplo del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (*Partido do Movimento Democrático Brasileiro*, PMDB),⁶ que se creara un solo partido de oposición para tener representantes en

² Hay que recordar que en todos los casos donde los regímenes dictatoriales son sucedidos por gobiernos conformados por sectores democráticos, divididos entre quienes gobiernan u administran la transición y quienes administran las demandas insatisfechas, se “cobra la cuenta”. Es el caso de las transiciones española, brasileña, peruana y argentina, entre otras, Chile es el único caso de gran coalición gobernante del bloque opositor a la dictadura, con la sola excepción de la izquierda comunista.

³ Nacida originalmente como Concertación de Partidos por el No para hacer frente al régimen militar de Augusto Pinochet, la Concertación de Partidos por la Democracia (conocida normalmente como *Concertación* y últimamente como *Concertación Democrática*) es una coalición de partidos políticos chilenos donde confluyen socialdemócratas y democristianos. Está conformada por cuatro partidos políticos principales: Partido Demócrata Cristiano (PDC), Partido por la Democracia (PPD), Partido Radical Social Demócrata (PRSD) y el Partido Socialista (PS). Logró su primera victoria al vencer al “Sí” en el Plebiscito Nacional de 1988. La Concertación de Partidos por la Democracia ha gobernado al país durante cuatro períodos consecutivos bajo el mandato de dos demócrata cristianos y 2 socialistas: Patricio Aylwin Azócar, (1990-1994); Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000); Ricardo Lagos Escobar (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010). (N.E.).

⁴ El Plebiscito Nacional de 1988 fue un referéndum realizado en Chile el 5 de octubre de 1988 durante el régimen militar. Este plebiscito se realizó para decidir si Augusto Pinochet seguiría como presidente del país hasta 1997. El resultado fue de 44,01% por el “Sí” y 55,99% por el “No”. El universo electoral habilitado para votar ascendió a 7.435.913 personas. El triunfo del “No” significó, conforme a las disposiciones transitorias de la Constitución, la convocatoria de elecciones democráticas conjuntas de presidente y parlamentarios al año siguiente, que conducirían al fin de la dictadura y el comienzo del periodo conocido como transición a la democracia. (N.E.).

⁵ Ricardo Froilán Lagos Escobar es un abogado y economista chileno. Fue presidente de Chile entre el 11 de marzo de 2000 y el 11 de marzo de 2006. Su mandato presidencial se caracterizó por la firma de tratados de libre comercio con Estados Unidos, China y la Unión Europea, entre otros; avances en infraestructura y la concreción de las reformas iniciadas por los gobiernos posteriores al régimen militar. Antes de ser presidente tuvo una destacada labor en el ámbito académico y diplomático, además de ser uno de los más destacados opositores a la dictadura de Augusto Pinochet. (N.E.).

⁶ Fundado en 1979 como renovación del antiguo Movimiento Democrático Brasileño, el centrista Partido de Movimiento Democrático (PMDB) es una de las grandes fuerzas políticas del Brasil y, sin duda alguna, el partido con mayor influencia en este país. Ha tenido un papel destacado en todos los gobiernos brasileños desde el fin de la dictadura militar. El PMDB gobernó Brasil bajo la presidencia de José Sarney (1985-1990) y, entre 1995 y 2002, integró los dos sucesivos gobiernos de Fernando Henrique Cardoso. Asimismo, apoyó al socialdemócrata José Serra contra Luiz Inácio “Lula” da Silva. Cuando el actual presidente brasileño asumió el poder, recibió el apoyo, aunque de manera parcial, del PMDB. (N.E.).

las mesas de votación. La democracia cristiana no aceptó porque contaba con una organización legal en todo el país además de haberse inscrito ya como Partido Demócrata Cristiano (PDC). Como el PS no se podía inscribir como tal por estar proscrito por el régimen de Pinochet, la izquierda chilena decidió entonces crear un “partido instrumental”, el Partido por la Democracia. El PPD aprendió también que el éxito del plebiscito podía repetirse en las elecciones parlamentarias de 1989. Una vez que el “No” ganó el plebiscito,

se levantó la proscripción a las izquierdas chilenas. Entonces, el PS quiso que el PPD desapareciera para que volviese a integrarse a las filas del socialismo chileno. Sin embargo, diversos sectores del Partido por la Democracia prefirieron la opción de mantenerse como partido autónomo. Esta decisión confirmó lo dicho por Ricardo Lagos en el sentido de que un partido instrumental puede durar décadas.

La Concertación quedó finalmente conformada básicamente por el Partido Demócrata Cristiano y por el bloque de izquierda en propor-

ciones prácticamente iguales (alrededor de un 12% cada uno): el Partido Socialista y el Partido por la Democracia a los que se agregó el Partido Radical Socialdemócrata (PRSD)⁷ (que concentró un 4-5% del electorado).

El Partido Comunista, a su vez, siguió después del plebiscito el sendero de tantos otros partidos similares. Luego de optar por la vía armada contra la dictadura y ser brutalmente reprimido por ésta, volvió a reciclarse para participar en el sistema pero ya sin la fuerza y la convocatoria de antaño.



La izquierda y los gobiernos de la Concertación.

La Concertación de Partidos por la Democracia asumió el poder el 11 de marzo de 1990. El nuevo gobierno estuvo encabezado por el líder demócrata cristiano Patricio Aylwin (1990-1994). Erróneamente definido como gobierno de transición, resultó ser, en realidad, el gobierno post-dictatorial con mayor claridad de los tres que han habido hasta ahora (se excluye, desde luego, el actual dirigido por Michelle Bachelet que recién ganó las elecciones), porque sus metas fueron realmente muy específicas: mantener los equilibrios macroeconómicos, no tocar el modelo económico, excepto en el tema de la pobreza y,

fundamentalmente, llevar a cabo acciones simbólicas muy importantes en materia de derechos humanos.

El gobierno siguiente —el del demócrata cristiano Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), hijo de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), uno de los grandes presidentes del siglo XX— fue electo como resultado de una primaria interna en la Concertación llevada a cabo por primera vez en la historia de Chile entre el candidato del PDC y el del bloque PS-PPD, Ricardo Lagos. Aunque las primarias estaban relativamente aseguradas para Eduardo Frei, generaron un precedente y fue claro que el próximo can-

didato y presidente sería, entonces, Lagos. Pese a haber sido elegido en 1993 con la mayor votación de la historia de Chile, el gobierno de Eduardo Frei, caracterizado por ser un gobierno de orientación centro tecnocrática, provocó una importante caída de la intención de voto por la Concertación debido a una crisis de crecimiento. Frente a ello, no es de extrañar que durante la administración Frei el PC conociera una época de auge en cuanto a su capacidad de movilizar y catalizar el descontento social, aunque ello no fue suficiente para superar su pequeña cuota electoral.

⁷ De ideología centro-izquierda, el PRSD fue fundado el 18 de agosto de 1994 por la fusión del Partido Radical con el Partido Social demócrata de Chile. (N.E.).

El tercer gobierno de la Concertación (2000-2006) fue constituido por un hombre de izquierda, Ricardo Lagos Escobar (PS-PPD), cuya elección se caracterizó por ser la de menor proporción de votos.⁸ El gobierno del socialista fue de orientación centro izquierda y él mismo se definió como el presidente de las reformas, mismas que tenían como eje el tema que Norberto Bobbio llamara alguna vez “la estrella en el firmamento de la izquierda”: la igualdad. Pese a ser un gobierno enormemente exitoso en materia de lucha contra la pobreza y la indigencia a través de un plan de atención y promoción directa de las familias en esta condición, la igualdad fue perdiendo fuerza y acabó siendo, justamente, el gran tema pendiente. No obstante, su administración tuvo grandes logros en áreas como el crecimiento económico, la infraestructura, la reforma de la salud orientada a una política basada en los derechos, la educación obligatoria de doce años, la equidad en el acceso a la educación superior, la inserción en la globalización a través de tratados comerciales con prácticamente todos los bloques del mundo y el reconocimiento del ejército de sus responsabilidades institucionales en las violaciones de derechos humanos bajo la dictadura a través de la Comisión Nacio-

nal sobre Presión Política y Tortura (Comisión Valech).

Si bien los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia han sido, en conjunto, exitosos al lograr reducir hasta en un 50% la pobreza y mantener un promedio de crecimiento de entre un 5 y un 6% anuales, ninguno de ellos, sin embargo —en particular el de Lagos— ha podido llevar a cabo ni la aprobación de una nueva constitución⁹ ni la realización de una institucionalidad efectivamente democrática que pudiera reconciliar, en términos de verdad y justicia en todos los casos, a los chilenos con su pasado. Mucho menos disminuir drásticamente las desigualdades socio-económicas.

En resumen, ¿cuál ha sido el aporte específico de la izquierda? En primer lugar, la defensa irrenunciable de la verdad y de la justicia en materia de derechos humanos a fin de impedir cualquier posibilidad de impunidad por los crímenes cometidos. En un segundo, la corrección del modelo económico, desde el punto de vista de la igualdad, para evitar un predominio mayor del mercado en la vida social. Ello se expresa en la crítica desde dentro de la Concertación a lo que podríamos llamar el alma neoliberal y el alma pragmática que existen en la coalición.

Paralelamente a estos aportes, hay que reconocer también que la izquierda chilena no tiene en realidad un proyecto de sociedad fuera de sus principios utópicos, ni tampoco un acto referencial como lo fue la clase obrera en su momento. Por estas condiciones, ha sido totalmente incapaz de gobernar sola y seguirá así por largo tiempo; hoy por hoy tiene que hacerlo en coalición, principalmente, con la democracia cristiana. Es evidente que para gobernar en regímenes democráticos hay que ser mayoría. Cuando no se es, y tampoco se tiene un proyecto de transformación, no se puede gobernar un país. En América Latina, donde la tradición política es más compleja que la sociedad europea (en Europa la izquierda puede gobernar sola en algunos países debido a la conformación de dos grandes bloques), la izquierda, por lo menos en Chile, no alcanza a más de un tercio de la sociedad y difícilmente a ser mayoría por sí sola. Como lo más probable es que esa mayoría nunca se alcance, la izquierda estará obligada a formar coaliciones y disputar dentro de ellas el liderazgo. De aquí que el debate, la negociación, la concertación son fundamentales para la izquierda por lo que debe buscar consensos con aliados políticos que representan a otros intereses y a otras visiones.

⁸ Esta elección constituyó el único caso en la historia de Chile en que se tuvo que ir a una segunda vuelta por lo cerrado de las votaciones (49% de Lagos frente al 48% de su oponente, Joaquín Lavín). En los regímenes democráticos previos a la dictadura no existía tal procedimiento. Allende, por ejemplo, ganó apenas con el 37% de los votos y el Congreso lo tuvo que ratificar.

⁹ La constitución actualmente vigente en Chile fue promulgada en tiempos de Augusto Pinochet el 11 de septiembre de 1980 y entró en vigor el 11 de marzo de 1981. Si bien la legitimidad de la Constitución ha sido aceptada por la mayoría del país y reformada en diversas ocasiones, se han establecido desde finales de la dictadura importantes críticas con respecto a varias disposiciones consideradas como antidemocráticas. (N.E.).

Las negociaciones y concertaciones con los aliados no suelen ser, por lo general, fáciles. Las alianzas políticas enfrentan, en no pocas ocasiones, una serie de principios no siempre compatibles entre sí (género, etnias, visiones ideológicas, regiones, crecimiento, medio ambiente, igualdad, redistribución, etc). En este marco, la izquierda tiene que saber distinguir muy bien entre una política pragmática y otra ideológica y actuar en consecuencia. Por ejemplo, puede presentarse el caso en que la izquierda se vea comprometida, por razones éticas, al concertar una alianza de gobierno con alguna otra fuerza política contraria a sus intereses; hacer la alianza implicaría administrar el *statu-quo* y renunciar a sus principios básicos, no hacerlo, significará salirse de la coalición y pasar a ser minoría. ¿Qué hacer?

En el caso chileno la respuesta ha sido el compromiso. Si se ha podido mantener la coalición entre la izquierda y la democracia cristiana se debe, en buena parte, a que los socialistas han tenido que ceder en muchas de sus propuestas como, por ejemplo, en el tema institucional-constitucional. Chile es el único país del mundo que, salvo Argentina que no tuvo constitución militar, no ha hecho una constitución democrática después de una larga dictadura. La izquierda debió haber puesto el tema institucional como tema central y no lo ha hecho. Este marco constitucional en Chile es fundamental, entre otras cosas, porque genera un sistema electoral bi-nominal en

el que le da a la minoría de derecha, heredera de la dictadura, un 50% de los escaños en el Congreso.

Otro tema en el cual la izquierda ha debido ceder ha sido en el tema redistributivo. Hay sectores dentro de ella que dicen que no es posible transformar al modelo neoliberal y, por tanto, no es necesario aumentar los impuestos en un país en el que los pobres son menos pobres, sin duda, pero en donde los ricos son también más ricos (la brecha entre unos y otros en Chile, si bien menor con respecto a otros países del área, lejos está de ir a la baja, al menos a una baja considerable). El tema redistributivo es central si lo que se quiere es lograr la viabilidad de un país. No es nunca un tema fácil pues necesariamente implica cobrarle más a unos para ayudar más a otros. Y esto debe hacerlo el gobierno. Se ha dicho que el modelo chileno de protección y bienestar debería basarse más en el modelo liberal anglosajón (Estados Unidos, Inglaterra) y menos en el europeo; otros sostienen lo contrario. Como quiera que sea, si el tema lejos está de haber sido resuelto por la izquierda misma con mayor razón lo está dentro de la Concertación con la cual ha sido sumamente difícil negociar un proyecto más progresista en lo socio-económico. Paradójicamente, pareciera ser la democracia cristiana, más que los sectores de izquierda liberal, los que están dispuestos a ello.

Una tercera dimensión en el que la izquierda ha sido débil es en la cuestión de los liderazgos. Aunque el modelo chileno aparece

como paradigma para el resto de las naciones latinoamericanas, hay un problema de lucha política al interior de la coalición lo que le resta fuerza para impulsar políticas. Parte del problema estriba en que el proyecto político y el liderazgo de la coalición no siempre van de la mano. El contenido de la plataforma y su discusión, que debían ser los temas centrales, son desplazados por las personalidades y el protagonismo del liderazgo político.

El tema de las autonomías regionales ha debido, también, ser pospuesto por la izquierda chilena como parte del precio de sus compromisos políticos. En Chile, los espacios locales y regionales son muy débiles y poco autónomos. En estos niveles la institucionalidad democrática ha resultado muy insuficiente. No existen poderes locales ni regionales como sí los hay en México o en Brasil. En Chile es muy difícil que un alcalde de izquierda, salvo situaciones muy especiales de aislamiento, haga cosas muy distintas a los otros por la falta de poder que tienen los municipios.

Justo es reconocer que, a pesar de estas cesiones, no se ha justificado en ningún caso la ruptura de la coalición. Aún más, la izquierda se ha mantenido como un eje fundamental de la Concertación a pesar de todo. Esperemos que así continúe.

Es indudable, pues, que cualquier coalición en que la izquierda participe le significará una serie de cuestionamientos a resolver. Por un lado, ¿cómo reestablecer los

lazos con sectores de la izquierda que están fuera de la coalición sin terminar, por ello, con esta misma? Por el otro, ¿cómo corregir permanentemente el modelo económico para no caer en la simple adaptación cuando se carece, más allá de coyunturas de cercanías y distancias, tanto de un discurso coherente con respecto a un modelo económico alternativo como de una política lógica frente al mundo empresarial? Más allá de declaraciones de intenciones, la izquierda chilena no ha sabido resolver la cuestión de su inserción en América Latina y su relación con Estados Unidos. Si estos temas no han hallado solución se debe, quizás, a que los gobiernos de los cuales la izquierda forma parte no los pueden, tampoco, resolver.

No obstante sus fallas, es indispensable mantener a la izquierda chilena en el gobierno pues siempre será mejor uno con ella que uno sin ella. Este postulado obliga a preguntarse ¿qué es la izquierda, a fin de cuentas? Cualesquiera que sean las particularidades que en las distintas sociedades ha tenido, la izquierda es, ante todo, un movimiento político que nació en términos de la contradicción capitalismo-socialismo. En este sentido, la izquierda debe enfrentarse a todas las paradojas que una sociedad industrializada produce pues su idea gira, fundamentalmente, en torno a lo que llamamos la cuestión y la justicia social. Más allá de simbolizar y satisfacer los intereses de quienes representa en un sistema democrático, la izquierda busca, además,

reorganizar a la sociedad entera a fin de lograr el bien común. Históricamente hablando, la izquierda tuvo en el socialismo un proyecto de semejanza magnitud. Este movimiento dio respuesta a la cuestión básica de la desigualdad socio-económica generada por el capitalismo y, a partir de la superación de esa contradicción a través de la política de izquierda, se llegó a creer que se podían resolver todas las otras cuestiones de la vida social y hasta personal. Pero la vida y la historia probaron otra cosa, a saber, que hay múltiples problemas que escapan al ámbito de lo político. Si antes se creía que la política todo lo resolvía y que la organización de la sociedad significaba la felicidad, hoy día es patente encontrar bienestar individual dentro de sociedades mal organizadas, así como desdichas personales en sociedades bien cimentadas.

A pesar de las evidencias de esta realidad, la izquierda no puede renunciar a lo que por definición es: un movimiento político que busca reestructurar las bases de la sociedad para responder con éxito, en clave de igualdad, a los intereses y necesidades de ella misma, principalmente de aquellos sectores sociales que, representados antaño por la clase trabajadora, son encarnados hoy día por una combinación de desheredados, pobres, débiles y oprimidos con aquellos que tienen la capacidad de la creatividad. En otras palabras, la izquierda representa tanto al mundo de la intelectualidad como al universo de los más en-

debles de la sociedad; su proyecto histórico no es otro que el crear un Estado de bienestar basado en alguna forma de social democracia.

Sin embargo, el problema es que no existen experiencias social demócratas o de pivoteo hacia el socialismo que no tengan una clase obrera fuerte, es decir, la social democracia supone una clase trabajadora sólida. Ahora bien, ¿qué significa ser “clase obrera fuerte” en sociedades globalizadas (mezcla de sociedad industrial y del conocimiento con aspectos étnicos, culturales, identitarios y civilizatorios) que no sólo han transformado el sistema productivo industrial sino que amenazan, inclusive, con descomponer el Estado-nación tradicional? Si antaño, en las sociedades de base industrial, el movimiento obrero fue esencial, hoy día, a pesar la enorme importancia que éste conserva, las relaciones social-laborales en el mundo se definen de otra manera. Además, las sociedades latinoamericanas nunca llegaron siquiera a tener realmente una clase obrera como la que sí tuvieron los países social demócratas. Uno de los problemas sustanciales de la izquierda latinoamericana es justamente el hecho de que no hay un actor emblemático o paradigmático al que deba hoy representar.

A luz de estas dificultades, cabría entonces preguntar: ¿debe la izquierda gobernar? Desde luego que sí. La izquierda debe preocuparse por construir y administrar el Estado de bienestar y ello sólo se puede alcanzar a través de un movimiento político que asuma el

poder y se convierta en gobierno. De aquí que la izquierda no puede renunciar a ser ni ese movimiento, ni ese poder, ni ese gobierno o, al menos, formar parte de él. ¿Por qué?, porque no basta con la satisfacción de una mejor calidad de vida personal, la gente necesita pensar en un mundo mejor, en una sociedad superior. Por ello, el problema esencial de la izquierda debe ser el político, el arte del

buen gobierno. Si en los regímenes dictatoriales la izquierda sólo puede pensar en la sobrevivencia y en la resistencia y lucha contra la tiranía, en los democráticos no puede no pensar en gobernar, a menos que quiera dejar de existir (esto último casi pasó en Perú en que prácticamente desapareció la izquierda orgánica y hubo que pensar en reconstituirla). En todos los Estados democráticos, la izquier-

da tiene que aspirar a gobernar para cambiar la sociedad; proceder en sentido contrario es dejar de nuevo las puertas abiertas a proyectos que, más de una vez, han probado ser dañinos a los intereses de la sociedad y violatorios del más puro entender de la política: el bien-estar.

Recibido el 12 de enero de 2006

Aceptado el 7 de febrero de 2006

